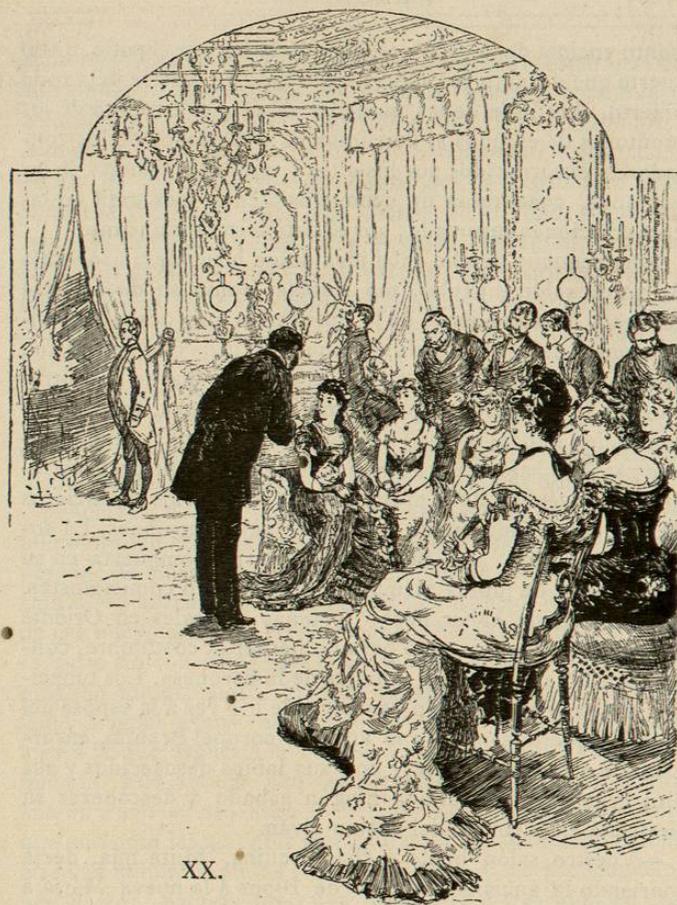
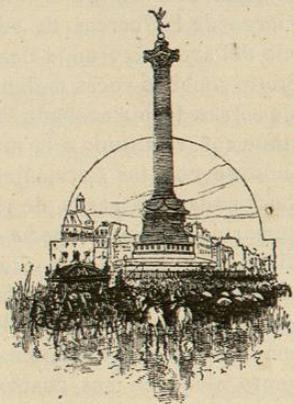


Y mientras las dos siluetas, la una gigantesca, cuadrada, maciza y baja la otra, desaparecían por las revueltas del gran laberinto, mientras se iba desvaneciendo la voz de Jansoulet que guiaba á su amigo: «Por aquí, querido... Agárrate bien,» detrás de ellos, en el terraplén, un rayo fugaz del sol poniente iluminaba el busto expresivo y colosal, con su ancha frente cobijada por largos y erizados cabellos, con sus labios vigorosos é irónicos, de Balzac que les estaba contemplando...



XX.

LA BARONESA HEMERLINGUE.

EN el extremo de la prolongada bóveda bajo la cual estaban situadas las oficinas de Hemerlingue é hijo, negro túnel que papá Joyeuse había empavesado é iluminado con sus ensueños durante diez años consecutivos, subía hacia la izquierda una escalera monumental con pasamano de hierro labrado, una escalera del París antiguo, que conducía á los salones de recibo de la baronesa, situados punto por

punto encima de la caja y recibiendo la luz por el patio, de tal suerte que durante los meses calurosos en que se deja todo abierto, el retintín de las monedas de oro, el estrépito de los montones de escudos al derrumbarse por encima de los contadores, ensordecidos por los altos y tupidos cortinajes de las ventanas, constituían un acompañamiento mercantil de las conversaciones susurradas por el catolicismo mundano.

Este pequeño detalle daba idea desde luego de la fisonomía de aquel salón singular, tan singular como su dueña, que sazónaba las agitaciones de la Bolsa y los más acabados refinamientos del gran mundo con una especie de olor á sacristía, elementos heterogéneos que se codeaban, que se encontraban allí á cada paso, pero sin confundirse nunca, como no se confunden nunca, merced á la barrera del Sena, el noble barrio católico bajo cuyos auspicios se había efectuado la estrepitosa conversión de la musulmana, y los barrios financieros donde tenía Hemerlingue su centro y sus conexiones. La sociedad levantina, asaz numerosa en París, compuesta en su mayor parte de judíos alemanes, banqueros ó comisionistas, que después de haber hecho fortunas colosales en Oriente prosiguen aquí su negocio para no perder la costumbre, concurría asiduamente á las tertulias de la baronesa. Los tunecinos de paso no dejaban tampoco de ir á ver á la esposa del gran banquero favorito, y el anciano coronel Brahim, encargado de negocios del Bey, con sus labios descaecidos y sus ojos cegajosos, no faltaba ningún sábado á descabezar su siestecita en el rincón del mismo diván.

— Vuestro salón huele á chamusquina, hijita mía, decía sonriendo la anciana princesa de Dions á la nueva María á quien ella y Le Merquier habían llevado á las fuentes bautismales; pero la presencia de aquellos innumerables herejes, judíos, musulmanes y aun renegados, de aquellas damas de libras, barrosas, mal perjeñadas, cargadas de oro, de piedras preciosas, en fin, la última palabra de lo cursi, no era obstáculo á que el barrio de Saint-Germain audiese en masa á visitar, á festejar, á velar por su joven catecúmena, verdadero juguete de aquellas nobles señoras, una muñeca flexible, dócil por todo extremo, que enseñaban, que paseaban, cuyas inocentadas evangélicas ponían en las nubes, picantes sobre todo por su contraste con lo pasado. Tal vez en el fondo del cora-

zón de aquellas amables predicadoras retozaba la esperanza de encontrar en aquel mundo que venía de Oriente alguna nueva conversión que obtener, la ocasión de llenar otra vez la aristocrática capilla de las Misiones del conmovedor espectáculo de uno de esos bautizos de adultos que os transportan á las primeras edades de la fe, allá, orillas del Jordán, y que van seguidas inmediatamente de la primera comunión, de la renovación de votos, de la confirmación, pretextos todos que aprovecha la madrina para acompañar á su ahijada, para guiar aquella alma principiante, para asistir á los candorosos transportes de una creencia nueva, y al propio tiempo, para lucir trajes nuevos, adecuados al brillo ó al sentimiento de la ceremonia. Por desgracia, no parecen más que muy de tarde en tarde barones millonarios que traigan á París esclavas armenias de las cuales hayan hecho sus legítimas consortes.

¡ Esclava! Mancha indeleble en lo pasado de aquella oriental comprada en el bazar de Andrinópolis por cuenta del emperador de Marruecos, y luego, á la muerte de éste y dispersión de su harem, vendida al joven bey Ahmed. Recién salida de ese nuevo serrallo, Hemerlingue la había tomado por esposa, pero sin conseguir en Túnez que la aceptasen por tal, pues ninguna mujer, mora, turca ni europea, se avino á tratar de igual á igual á una ex-sierva, por una preocupación análoga á la que separa á la criolla de la cuarterona más disimulada. Fué aquella una repugnancia invencible de que ni aun en París se vió libre el matrimonio Hemerlingue, porque aún aquí las colonias extranjeras se agrupan en pequeños círculos imbuídos en las susceptibilidades y las preocupaciones locales. Yamina tuvo que pasar dos ó tres años en una soledad completa, llena de despecho, falta de distracción, que supo aprovechar cumplidamente, porque era mujer ambiciosa, de una fuerza, de una obstinación de voluntad extraordinarias. Estudió á fondo la lengua francesa, despidióse para siempre de sus chupas bordadas y de sus calzones de seda color rosa, aprendió á doblegar su talle y sus movimientos al traje europeo, á la molestia de las faldas largas, y de improviso, una noche, en la Ópera, mostró á los parisienses maravillados la silueta, algo salvaje todavía, pero airosa, elegante y original por todo extremo, de una musulmana escotada por Leonard.

Al sacrificio del traje siguió de cerca el de la religión. Hacía tiempo que la señora de Hemerlingue había renunciado á toda práctica mahometana, cuando Le Merquier, el íntimo de la casa y su cicerone en París, les hizo ver que una conversión solemne de la baronesa les abriría las puertas de esa parte de la sociedad parisiense cuyo acceso parece que se ha ido haciendo más difícil al compás que se ha ido democratizando cuanto la circuye. Una vez conquistado el barrio de Saint-Germain, lo demás era nada. Y efectivamente, cuando tras el estruendo del bautizo, se supo que los nombres más ilustres de Francia no tenían en menos el reunirse en los sábados de la baronesa Hemerlingue, las señoras Gügenheim, Fuernberg, Caraiscaki, Mauricio Trott, esposas todas de millonarios célebres en los mercados de Túnez, renunciando á sus prevenciones, solicitaron la admisión en casa de la antigua sierva. La señora de Jansoulet, que acababa de desembarcar con un equipaje de ideas orientales que privaban por completo en su espíritu, como privaban por completo en su vivienda el *narghilé*, los huevos de avestruz, todos los chimbolos tunecinos, fué la única en protestar contra aquella falta de carácter, contra aquella inconveniencia, y declaró que ella no pondría nunca los piés en casa de «aquello.» De ahí un conato inmediato de retroceso entre las señoras Gügenheim, Caraiscaki y demás avechuchos de ese tenor, como acontece en París siempre que alguna resistencia obstinada, interpuesta en el camino de regularización de alguna posición irregular, viene á reprochar su transigencia á los transigentes. Se había ido demasiado adelante para poder retroceder del todo, pero se tuvo buen cuidado en hacerle sentir más de cerca el valor de su benevolencia, el sacrificio de sus preocupaciones; y la baronesa María comprendió perfectamente el cambio, con sólo observar el tono de protección de las levantinas, la altivez un tanto desdeñosa con que la llamaban «hija mía... querida niña.» Á partir de entonces, su odio hacia los Jansoulet no tuvo límites, un odio de serrallo, complicado y feroz, con el ahogamiento y la submersión silenciosa por remate, procedimientos de aplicación algo más difícil en París que á orillas del lago d'El Baheira, pero para los cuales preparaba ya el saco, bien recio, terminado en garrote.

Explicado y conocido ese odio á muerte, fácil es figurarse

la sorpresa, la agitación que en aquel pequeño círculo exótico hubo de producir la noticia de que no tan sólo la gruesa Afchin — según la llamaban — consentía en ver á la baronesa, sino que ella en persona iría el próximo sábado á hacerle la primera visita. No hay que decir que ni las Fuernberg ni las Trott quisieron faltar á una fiesta semejante. Por su parte la baronesa hizo cuanto cupo en su mano para dar á aquella solemne reparación todo el brillo posible; escribió, visitó, se manejó tan bien, en una palabra, que á pesar de lo adelantado de la estación, caso de presentarse la señora de Jansoulet á las cuatro de la tarde en el palacio del barrio de Saint-Honoré, podría ver al lado de la discreta librea, color de hoja seca, de la princesa de Dions y de una porción de blasones auténticos, las armas parlantes, pretenciosas, las ruedas multicolores de un sin fin de carruajes financieros, y los gigantescos lacayos empolvados de los Caraiscaki.

Arriba, en los salones de recibo, idéntica mescolanza abigarrada y ostentosa. Había un vaivén continuo por las alfombras de las dos primeras piezas desiertas, un pasar no interrumpido de crujidos sedosos hasta el saloncito de confianza donde estaba la baronesa repartiendo sus atenciones, sus mimos, entre los dos diversos campos: por un lado, trajes oscuros, de modesta apariencia, de un rebuscamiento visible tan sólo para ojos muy expertos, por el otro una primavera alborotada de colores vistosos, trajes opulentos, diamantes á trompones, bandas flotantes, modas de exportación en las cuales se traslucía una especie de anhelo de un clima más cálido y de ostentación lujosa. Acá, abanicos que se movían con estrépito, acullá discretos cuchicheos. Hombres, muy pocos, algunos jóvenes de sanas ideas, mudos, inmóviles, chupando el pomo de sus bastones, dos ó tres figuras de schumaker en pié detrás del ancho espaldar de sus respectivas esposas, hablando con la cabeza baja como si ofreciesen objetos de contrabando; en un rincón, la luenga barba patriarcal y la muceta morada de un obispo ortodoxo de Armenia.

La baronesa, con objeto de anudar aquellas diferencias mundanas y conservar lleno su salón hasta el momento de la famosa entrevista, cambiaba de sitio á cada punto, sostenía diez conversaciones á un tiempo; levantando su voz aterciopelada y armoniosa del diapason arrullador que caracteriza á

las orientales, desplegando todos sus recursos de coquetería y de seducción, toda la flexibilidad de su espíritu y de su talle, abordando toda clase de asuntos, y mezclando, según es de rúbrica, la moda y los sermones de beneficencia, los teatros y las ventas, la camarera y el confesor. Aquella mujer unía un gran hechizo personal á aquella ciencia áprendida de señora de la casa, ciencia visible aún en su traje sencillo y completamente negro que hacía resaltar su palidez de claustro, sus ojos de hurí, sus cabellos brillantes y partidos en dos bandas lisas sobre una frente estrecha y purísima; una frente cuyo misterio acentuaban unos labios más que delgados, escondiendo á los curiosos el pasado tan accidentado y lleno de peripecias de aquella antigua odalisca que no tenía edad, que ignoraba aun la fecha de su nacimiento y ni de haber sido niña se acordaba.

Indudablemente, si hay alma humana capaz de la ruindad absoluta, tan rara entre las mujeres á las cuales su temperamento impresionable arrastra en tan diversas direcciones, había de ser sin duda el alma de aquella sierva acostumbrada á toda suerte de concesiones y de bajezas, rebelada pero paciente, y dueña completa de sí misma como todas las que ha acostumbrado á mentir sin peligro y sin escrúpulo el hábito de un velo caído ante los ojos.

Nadie imaginara la zozobra que la devoraba en aquel momento al verla de rodillas al pié de la princesa, una buena mujer de larga fecha y mangas francas, de quien decía á cada paso la Fuernberg: « Esto sí que es una princesa de veras. »

— ¡Oh! madrina del alma, no os vayáis aún, os lo suplico.

Y la envolvía en las redes de sus mimos, de sus gracias, de sus caricias, guardándose bien, por supuesto, de darle á comprender que tenía empeño en que no se fuese hasta la llegada de la señora de Jansoulet á fin de que decorase su triunfo.

— Es que, decía la buena señora señalando al majestuoso armenio, grave y callado, con su rosario de bellotas encima de las rodillas, tengo que acompañar á ese pobre monseñor al *Grand Saint-Christofle* á comprar medallas. Y sin mí no sabría salirse del paso.

— Sí, sí, lo quiero... Es preciso... Dos minutos nada más.

Y la baronesa dirigía una mirada furtiva al antiguo y suntuoso reloj que colgaba de un ángulo del salón.

Eran ya las cinco y la gruesa Afchin no parecía. Las levantinas comenzaban á reirse al amparo de sus abanicos. Por fortuna acababan de servir té, vinos españoles y una porción de pasteles y confituras turcas de un sabor delicioso que sólo allí se encontraban y cuyas recetas, conocidas de la odalisca, se conservan en los serrallos, como en nuestros conventos ciertos secretos de confitería refinada. Eso entretuvo un rato. El gordo Hemerlingue quien, los sábados, dejaba á ratos su despacho para venir á saludar á las señoras, estaba junto á la mesita de servicio bebiendo un vaso de Madera y hablando con Mauricio Trott, bañista que había sido de Said-Bajá, cuando se le acercó, siempre dulce y apacible, su mujer. Sabía él la cólera que debía de esconderse debajo de aquella calma impenetrable, y le preguntó en voz queda, tímidamente:

— ¿No ha venido?

— No... Ya veis á qué afrenta me habéis expuesto.

Y sonreía, con los ojos bajos, quitándole con la punta de la uña una migajita de pasta que había quedado en sus largas patillas negras; pero las transparentes aletas de su nariz vibraban con terrible elocuencia.

— ¡Oh! vendrá... decía el banquero con la boca llena. Estoy seguro de que vendrá...

El crujir de un traje, de una cola desplegada en la vecina pieza hizo volverse rápidamente á la baronesa. Con no escaso regocijo del rincón de los « pulpos » que estaba á la mira, no era la recién venida la que se estaba aguardando.

En nada se parecía á la señorita Afchin aquella rubia alta, elegante, de semblante fatigado, de irreprochable porte, digna por todos conceptos de llevar un nombre tan célebre como el del doctor Jenkins. En dos ó tres meses, la hermosa señora Jenkins había variado, había envejecido mucho. En la vida de la mujer que ha sido joven mucho tiempo, llega un momento, el momento de la señora Jenkins, en que los años que han ido pasando por cima de su cabeza sin desflorarla con la más leve arruga, se inscriben brutalmente todos de una vez en señales indelebles. Ya no se dice al verla: « Qué hermosa está », sino « habrá sido muy hermosa... » Y esta cruel manera de hablar en pretérito, de referir á tiempos lejanos lo que era ayer un hecho visible, constituye el primer paso de la vejez y de la anulación, la relegación de los triunfos á la categoría

de recuerdos. ¿Era por ventura la decepción de ver aparecer á la señora del doctor en lugar de la señora de Jansoulet, ó acaso el descrédito que la muerte del duque de Mora había valido al médico en boga caía de rechazo sobre la que llevaba el apellido de él? Algo había de entrambas cosas y tal vez de una tercera, en la fría acogida que la baronesa dispuso á la señora Jenkins. Un breve saludo entre dientes, tres ó cuatro palabras á la carrera, y la baronesa volvió á reunirse con el noble batallón que estaba mascullando de lo lindo. El salón se había desperezado bajo la influencia de los vinos de España. Ya no se cuchicheaba, se hablaba á más y mejor. Las lámparas recién traídas daban nuevo esplendor á la tertulia, pero, al propio tiempo, anunciaban que se acercaba la hora de ponerle fin, y aun algunos de los contertulios, á quienes no interesaba el gran acontecimiento, se disponían ya á salir. Y los Jansoulet no parecían.

De pronto un andar robusto, apresurado, y apareció el Nabab, solo, de levita abrochada, guante y corbata de gala, pero con semblante demudado, mirada hosca, sobreexcitado aún por la terrible escena que acababa de ocurrir.

Su mujer se había negado á ir á casa de Hemerlingue.

Por la mañana, ordenó él á las camareras que tuviesen lista á la señora para las tres, como acostumbraba hacerlo cada vez que tenía que llevarse consigo á la Levantina, cada vez que tenía necesidad de sacar de sus casillas á la indolente mujer, la cual, sin fuerza aun para aceptar la responsabilidad más insignificante, dejaba que los demás pensasen, decidiesen y obrasen por cuenta de ella: por lo demás, una vez en marcha, dejábase llevar sin resistencia. Con esta pasividad contaba precisamente el Nabab para llevarla á casa de Hemerlingue. Mas cuando, luégo de haber almorzado, Jansoulet, vestido de tiros largos, sudando para meterse en sus guantes, hizo preguntar si la señora tardaría mucho en estar lista, recibió por contestación que la señora no salía. El caso era grave, tan grave, que prescindiendo de todos los recados de criados y de sirvientas que se expedían en sus coloquios conjugales, subió la escalera de cuatro en cuatro y penetró como un huracán en las habitaciones acolchadas de la Levantina. Estaba ésta en cama todavía, vestida con una de esas holgadas túnicas abiertas, de seda de dos colores, que las moras

llaman *djebbas*, y cubierta con un casquillo bordado en oro del cual se rebosaban las hebras de su hermosa cabellera negra y abundante despelotada en torno de su cara de luna llena que encendían los vapores del reciente almuerzo. Las mangas de la *djebba* arrebujadas dejaban en descubierto dos brazos deformes, descomunales, cuajados de brazaletes, de luengas cadenillas que se arrastraban por encima de un revoltijo de espejuelos, rosarios encarnados, botes de perfumes, pipas microscópicas, petacas, en una palabra, de todo el pueril y fútil aparato de una cama de mora á la hora de levantarse.

Análogo desorden ofrecía el cuarto, lleno de la humareda opiatada y embriagadora de tabaco turco. Varias negras iban y venían retirando poco á poco el café de su señora, la gacela favorita lamía el fondo de una taza que con su fino hocico iba vertiendo en la alfombra, mientras, sentado á los piés de la cama con encantadora familiaridad, el sombrío Cabassú leía en alta voz á la señora un drama en verso que Cardailhac iba á poner en escena dentro de poco. La Levantina estaba asombrada, estupefacta de oír aquella obra.

—Querido, dijo á Jansoulet en su enrevesado acento flamenco, no sé dónde tiene la cabeza nuestro empresario... Estoy leyendo esa comedia *Revuelta* de que está tan prendado... Si no se puede aguantar. Esto nunca ha sido de teatro.

—Bueno estoy yo para teatros, dijo Jansoulet montado en cólera á pesar de todo su respeto hacia la hija de Afchin. Con que, ¿todavía estáis por vestir?... ¿No os han dicho que habíamos de salir esta tarde?

Efectivamente, se lo habían dicho, pero se había puesto á leer aquella comediota insulsa. Y dormitando como siempre:

—Ya saldremos mañana.

—¿Mañana? no es posible... Hemos de ir hoy sin falta... Una visita muy importante.

—¿Y á dónde?

Jansoulet vaciló un momento.

—Á casa de Hemerlingue.

Su mujer le miró con unos ojos de á palmo creyendo que hablaba en broma. Entonces él le refirió su encuentro con el barón en el entierro de Mora y lo que habían convenido.

—Id vos si os place, contestó ella secamente; pero me conocéis muy poco si os figuráis que yo, una Afchin, he de poner los piés en casa de esa esclava.

Cabassú, al ver el sesgo que tomaba el debate, se había retirado prudentemente á una pieza vecina con los cinco cuadernos de *Reuelta* bajo el brazo.

—Vamos, dijo el Nabab á su mujer, veo que no conocéis la terrible situación en que me encuentro... Oíd, pues...

Y haciendo caso omiso de las camareras y de las negras, con esa soberana indiferencia del oriental por la servidumbre, púsose á trazar el cuadro de su tremenda crisis: allí la fortuna secuestrada, aquí perdido el crédito, todo su porvenir pendiente del fallo de la Cámara, la influencia de los Hemerlingue para con el abogado ponente, y la ineludible necesidad de sacrificar en aquel momento toda suerte de amor propio á tan vitales intereses. Hablaba con calor á fin de vencerla, de arrastrarla. Pero ella se limitó á contestarle: «No iré», cual si se tratase de un paseo sin importancia demasiado largo para sus fuerzas.

El, nervioso:

—Vamos, no es posible que digáis esto. Pensad que se trata de mi fortuna, de la suerte de nuestros hijos, del nombre que lleváis... Todo esto depende de ese paso que no podéis negaros á dar.

Hablara así horas enteras y se estrellara siempre en la misma obstinación terca, inquebrantable. Una Afchin no podía visitar á una esclava.

—¡Eh! señora, repuso él violentamente, esa esclava vale más que vos. Con su inteligencia ha decuplicado la fortuna de su marido, al paso que vos...

Doce años llevaban de matrimonio, y era aquella la primera vez que Jansoulet se atrevía á plantar cara á su mujer. ¿Fue vergüenza de ese crimen de lesa majestad, ó comprendió acaso que una frase como aquella iba á abrir un abismo infranqueable? Ello es que al punto cambió de tono, arrodillóse al pié de la cama, con esa ternura risueña que se usa para convencer á los chiquillos:

—Marta mía, te lo ruego... Levántate, vístete... Te lo pido por ti, por tus hijos, por tu propio bienestar... ¿Qué sería de ti si por un capricho, por una tontería como esa, nos encontrásemos reducidos á la miseria?

Esta palabra miseria no significaba nada absolutamente para la Levantina. Se le podía hablar de miseria como se puede

hablar de la muerte á los niños. No le hacía mella alguna porque no sabía lo que era. Por lo demás, estaba resuelta á no dejar la *djebba* ni la cama; y para confirmar mejor su decisión, encendió un cigarrillo con la colilla que acababa de apurar, y mientras el pobre Nabab abrumaba á su «querida mujercita» á excusas, á ruegos, á súplicas, ella se entretenía mirando subir al pintado techo el humo enervante, y envolviéndose en éste como en una calma imperturbable. Al fin, ante aquella negativa, aquel mutismo, ante aquella frente en la cual sentía la barra de una terquedad invencible, Jansoulet dió rienda suelta á su furor, é irguiéndose cuan alto era:

—Arriba, dijo, yo lo mando...

Y volviéndose á las negras:

—Vestid á vuestra ama, al momento...

Y sintiendo despertar en aquella crisis violenta toda la grosería escondida en el fondo del hijo del hierro-vejero del Mediodía, apartó el cobertor de un tirón brutal y desdenoso, arrojando al suelo los innumerables cachivaches que había encima y obligando á la Levantina semi-desnuda á saltar de la cama con una prontitud increíble en persona de tantas libras. Á tal ultraje, lanzó un rugido, arrebujo los pliegues de su dalmática contra su busto prominente, tiró el casquetillo dejando caer sueltos sus cabellos, y arremetió de palabra á su marido:

—No iré, tenlo por seguro, no iré, á no ser que me lleves arrastrando á casa de esa...

La inmundicia salía á borbotones de sus labios como de la boca de un común. Jansoulet podía creerse en uno de esos asquerosos lupanares del puerto de Marsella, presenciando una riña entre una ramera y algún *Nervi*, ó bien en alguna disputa al aire libre entre genovesas, maltesas y provenzalas, espigando por el muelle al rededor de los sacos de trigo á la hora de la descarga, é insultándose á cuatro patas entre los torbellinos de polvo. Se veía bien en ella á la levantina de puerto de mar, á la niña mimada, abandonada á sí propia, que por las noches, desde su miranda ó del fondo de su góndola, había oído á los marineros insultarse en los idiomas todos de los mares latinos, y que lo apuntaba todo en su memoria. El infeliz la contemplaba azorado, aterrado de oír lo que salía de aquella boca, de ver aquel grotesco figurón enronquecido y echando espumarajos: